

les como podía la buena voluntad con que todos estaban de hacerles bien. A esta invitación respondieron los salvajes disparándole algunas flechas y piedras. No le hirieron afortunadamente, pero el Padre, no oyendo otra contestación, hubo de volverse, no sin peligro de la vida, al amparo de la empalizada. Avanzaron poco más los indios. Y el capitán se disponía a recibirles con sus arcabuces. No le sufría al P. Salvatierra el corazón ver matar a aquellos infelices a quienes deseaba convertir. Rogó al capitán que hiciera disparos al aire, para atemorizar y no para herir a los indios. Condescendió el capitán y se hicieron algunas descargas al aire. Empero observando la insolencia con que se acercaban cada vez más los salvajes, mandóse a los soldados disparar al bulto. A la primera descarga rodaron varios indios por el suelo, y los restantes, observando aquel estrago, huyeron despavoridos hacia los montes.

Temió el P. Salvatierra que los indígenas se enemistasen para siempre con él y con los soldados: pero Dios dispuso las cosas de otra manera. Al cabo de algunos días aparecieron varias mujeres de los indios, trayendo niños pequeños y con muestras de mucha pena y sentimiento, daban a entender como podían el dolor de lo que habían hecho sus maridos contra el Padre. Ofrecieronle sus niños pequeños, para que los retuviera en rehenes. El misionero los recibió con muestras de verdadero cariño, tomó uno de aquellos niños, y los despidió, aconsejándoles que atrajesen a sus maridos y parientes a tratar con él, porque deseaba hacer bien a todo el mundo. Con esto se despidieron las mujeres y poco a poco empezaron a venir los indios con muestras de mayor afabilidad. Ayudó no poco a la reconciliación de ellos cierto cacique honrado del Real de San Bruno, que doce años antes había tratado mucho con el P. Kino. Este hombre se acercó al P. Salvatierra y hallándose enfermo de un cáncer, mostró deseos de recibir cuanto antes el bautismo. Se le bautizó solemnemente poniéndole el nombre de Manuel Bernardo y con él a un hijo suyo de cuatro años, a quien se dió el nombre de Bernardo Manuel, para complacer de este modo a los Sres. Virrey y Virreina de Méjico, que habían pedido al P. Salvatierra, fuesen esos los nombres de los primeros infieles que se bautizasen en California. A otros dos les bautizó, llamándoles Juan y Pedro en memoria de los dos insignes bienhechores de la misión, D. Juan Caballero de Osma y D. Pedro Gil de la Sierpe.

A fines de este mes de Noviembre de 1697 llegó a California el P. Francisco María Piccolo. Consolóse infinito Salvatierra con la presencia de su compañero, y uno y otro se prepararon con fervor a aprender la lengua de los naturales. De tiempo en tiempo sobrevinieron algunos sustos, por la inestabilidad tan natural en los indios y la mala voluntad de algunos, que cometieron ciertos robos y ejecutaron algunas villanías con los españoles del Real; pero castigados muy pronto por el capitán, restablecióse fácilmente el orden y los dos misioneros iban instruyendo lentamente a los indios que se les acercaban y a otros que iban atrayendo con el regalo del maiz cocido. De tiempo en tiempo suministraba el P. Ugarte algunas provisiones. Aumentóse también el número de soldados, de suerte que a los tres años ya no eran cinco, sino sesenta los españoles que escoltaban a los misioneros. A los dos años de esta penosa tarea juzgaron el P. Salvatierra y el P. Piccolo, que convendría extender sus fatigas apostólicas a otros terrenos y en efecto hicieron varias excursiones al Norte y al Sur, explorando primero la tierra, descubriendo nuevas tribus de indios y examinando los oportunos puntos en que podrian recogerse las cosechas necesarias para el sustento. A cierta distancia al sur de Loreto fundóse otra misión, que se llamó de San Javier y tomóla a su cargo el P. Piccolo. Hallábase situada en un territorio que los indios llamaban *Vigge* y durante algún tiempo siguieron los dos Padres Salvatierra en Loreto y Piccolo en San Javier, aumentando poco a poco el número de los neófitos que iban instruyéndose en los misterios de nuestra religión.

El P. Piccolo, en una carta que escribió en 1702, nos manifiesta la lentitud y perseverancia con que iban venciendo la rudeza e ingratitud de aquellos indios. «Llegaban, dice, algunos bárbaros a nuestro Real, y con su comunicación se aprendió lo bastante para darles a entender en su lengua el fin de nuestra llegada a sus tierras. Entendieronlo bien, y con la noticia que dieron a otros venían muchos a vernos y aun a agradecernos el bien que les traíamos. Ya con su fácil comunicación pusimos todo nuestro estudio en saber su lengua, que es la lengua Moqui (este era el nombre de una de las tribus descubiertas cerca de Loreto por los Padres). Allanaada esta dificultad por el espacio de dos años continuos, les predicamos y enseñamos la doctrina el P. Salvatierra a los adultos y yo a los niños con tal tesón y aplicación de nuestra parte y tal aplicación de la suya, que los niños y niñas, que

estaban bastante instruidos, se bautizaron muchos en atención a las muchas instancias y lágrimas con que pidieron el bautismo. La misma dicha lograron algunos de los adultos enfermos y ancianos y que se hallaban en peligro de morir sin bautismo, de los cuales algunos parece que no aguardaron más que el que se les abrieran las puertas del cielo para entrarse en él, y lo mismo sucedió a más de cincuenta párvulos, que de los brazos de sus madres entregaron su alma al Señor... Se han dispuesto ya más de mil niñas, que por su buena disposición y tiernas instancias han recibido el bautismo, y más de tres mil adultos están ya dispuestos para él y lo desean y piden; pero nosotros con acuerdo lo hemos dilatado para mejor tiempo, porque como estos indígenas son de un natural muy vivo y antes han vivido en idolatría y en grande obediencia a sus sacerdotes, a quienes sustentan y visten para sus supersticiosas ceremonias, de sus cabellos que cortan para este fin, si les diéramos el bautismo, había riesgo de que los persiguieran sus sacerdotes y nosotros no les pudiéramos obligar a que cumplieran con sus obligaciones de cristianos» (1). Así avanzaba lentamente la misión de California en los últimos años del siglo XVII; pero ¡cuántas penalidades debían sufrir entretanto los dos heroicos misioneros!

8. Si en todas las misiones nuevamente establecidas es fuerza padecer muchas privaciones, ya supondrá el lector lo que sucedería en aquella tierra de California, donde casi todo debía traerse de fuera. Para conducir las provisiones compró el P. Salvatierra un barco llamado *San José*. Pagó por él doce mil pesos, y luego se descubrió que estaba bastante averiado y necesitaba reparación. Gastáronse otros seis mil pesos en componerle, y al primer viaje que hizo se hundió, anegándose con toda la carga que llevaba. Otro barco se compró llamado *San Fermín*, y por descuido de los pilotos encalló en las costas de Cinaloa, cerca del puerto de Ahome. Quedáronse los Padres con una pobre lancha llamada *San Javier*, y con esta ruin embarcación iban y venían a la tierra de Cilanoa, para traer lo que podían reunir de viveres y vestuario.

Desde el año siguiente a la apertura de la misión dirigióse ya el P. Salvatierra al Virrey de Méjico, implorando la protección real, porque preveía que no podrían sustentarse los misioneros

(1) Archivo de Indias, 67-3-28. Carta del P. Piccolo al Consejo de Indias. Guadalajara, 10 Febrero 1702.

sin algún subsidio de las cajas reales (1). Repitió cartas y memoriales al Virrey y a otras personas; pero no consiguió sino algunas frías respuestas, o cuando más, promesas de que se daría parte al Consejo de Indias y a Su Majestad. Efectivamente, el Virrey dió cuenta de la misión a Carlos II, pero haciendo saber al mismo tiempo, que no se había gastado ni un céntimo del real haber. «Hasta ahora, dice el Virrey, no se han gastado ningún medio del real haber, porque aunque este religioso (el P. Salvatierra) me ha hecho instancias de que para mantener los presidarios y otros socorros inexcusables en partes tan remotas y distantes de todo comercio, no le alcanza el caudal que su solicitud adquiere de limosnas, y que le socorriese con alguna ayuda de costa, sin embargo de considerar lo piadoso de su aplicación y que al respecto de lo que propone serian moderadas las cantidades, no he dado orden para su libramiento, hasta que V. M. se sirva expedir lo que fuere servido, debiendo esperarse favorable de su real clemencia» (2). No pasó de aquí el interés que se tomó la autoridad suprema de Méjico por la misión de California en los dos primeros años de su existencia. Sobrevino poco después la muerte de Carlos II, y naturalmente, nuestros hombres de estado tenían otros negocios en qué pensar, más bien que en el apartado rincón de California.

En 1701 el P. Ugarte deseando activar aquella misión, dejó la procura de ella al P. Alejandro Romano, y se encaminó a California donde desembarcó el 23 de Marzo. No estaba allí por entonces el P. Salvatierra, porque apretado de la necesidad, había pasado a las tierras de Cinaloa y de Pimeria, para verse con el P. Kino y acopiar las provisiones que pudiera. Al poco tiempo volvió con ellas a California y abrazó con efusión al P. Ugarte, cuyo celo y actividad sostenía aquella difícil empresa. Las cartas y ruegos enviados a Madrid obtuvieron poco después tres cédulas honoríficas del nuevo Rey Felipe V en favor de la misión empezada, pero aunque fueron y vinieron papeles, se hizo sentir muy poco la liberalidad del Estado en aquellos primeros años.

El mismo año 1701 llegaron otros dos operarios nuevos a la incipiente misión. Eran el P. Juan Manuel de Basaldúa, natural de Michoacán y el P. Jerónimo Minutili, de Cerdeña. Por su parte

(1) Véanse en el Archivo de Indias, 67-3-28, las cartas del P. Salvatierra al Virrey.

(2) Archivo de Indias, 67-3-28. El Virrey al Rey. Méjico, 29 Mayo 1699.

el P. Piccolo se embarcó este año para Méjico, e hizo una excursión a la capital y a otras provincias, reuniendo limosnas para los misioneros californios. Todas estas diligencias no podían evitar el hambre y extremada penuria en que se veían no solamente los jesuitas, sino los soldados españoles del presidio. Empezaron a vivir nuestros misioneros con la misma cortedad y miseria que los salvajes y se mantenían con una porción tasada de maíz, con algunas frutillas silvestres y con los pobres mariscos que podrían recoger en las orillas del mar. A tanto llegó la miseria, que el P. Salvatierra juzgó necesario proponer a sus compañeros el abandonar la misión, ya que no era posible sostenerse en un país donde faltaban los elementos más indispensables para la vida (1).

9. En este trance difícil salvó a la misión de California el esfuerzo y resolución del P. Juan de Ugarte. Al oír la propuesta del Superior, se sintió animado de un fervor increíble, y entrando en su iglesita, se postró ante la imagen de Nuestra Señora de Loreto, e hizo voto de no abandonar aquella misión, si no se lo mandaba la santa obediencia. Este acto heroico arrastró en pos de sí a todos los misioneros y soldados, y todo el mundo se resolvió a permanecer en su puesto, esperando en la providencia de Dios, que no les había de faltar en medio de tantos trabajos. Efectivamente no les faltó la providencia, pero les socorrió mediante la industria y el valor del mismo P. Ugarte. Como la acción de este Padre en la misión de California duró cerca de treinta años, dejamos para más adelante el explicar las diligencias extraordinarias que hizo para sostener aquella empresa y promover la luz del Evangelio entre aquellos pobrisimos infieles.

En este estado se hallaba la misión de California el año 1704, cuando por muerte del P. Provincial, Manuel Piñeiro, abierto el pliego *in casu mortis*, apareció nombrado Provincial de Nueva España el P. Juan María Salvatierra. Este se retiró entonces de aquella misión, y quedaron en ella los Padres Ugarte, Piccolo, Basaldúa y Minutili, continuando con extraordinario esfuerzo y abnegación aquella labor evangélica llena de gravísimos trabajos, pero que también produjo frutos de bendición en numerosas almas de indios, que poco a poco se fueron reduciendo a la luz de la fe y al seno de nuestra Santa Madre Iglesia.

(1) El P. Alegre, t. III, p. 127, nos da esta noticia, revistiendo el hecho de expresiones dramáticas, según el uso clásico. No hemos visto estas expresiones en los documentos, ni las trae el P. Venegas.

CAPÍTULO VI

LA PROVINCIA DEL PERÚ DE 1652 A 1705

SUMARIO: 1. Incremento de la provincia del Perú en la segunda mitad del siglo XVII.—2. Arbitrio del P. Oliva para proveer de sujetos a las provincias ultramarinas.—3. Buen espíritu que reinaba generalmente en la provincia.—4. Faltas notadas por las congregaciones provinciales.—5. Fijanse las costumbres domésticas de la provincia.—6. Obsérvase alguna decadencia en los estudios.—7. Ministerios apostólicos: el venerable P. Francisco del Castillo.—8. Escuelas de Cristo y misiones por los pueblos.—9. Proyecto no realizado de entregar a la Compañía varias doctrinas o parroquias.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Cartas de los PP. Generales.—2. Actas de las congregaciones provinciales.—3. Información sobre la vida, muerte y milagros del venerable P. Francisco del Castillo.—4. Autobiografía del P. Castillo.—5. Cartas anuas de la provincia del Perú.—6. Cartas de Virreyes y otros documentos del Archivo de Indias y de la Biblioteca nacional de Lima.

1. Si fué próspero y feliz el estado de la Compañía en la provincia de Nueva España durante la segunda mitad del siglo XVII, no lo fué menos en la provincia del Perú. En este tiempo observamos un feliz incremento en el número de sujetos y en el de ministerios apostólicos de esta provincia, y, lo que es más de estimar, a fines de este siglo los jesuitas peruanos fundaron una de las misiones más célebres que tuvo jamás en América la Compañía de Jesús. Por de pronto debemos notar que se adquirieron algunos domicilios nuevos, aunque no fueron muy importantes, si se los compara con los ya existentes. Como la Compañía tenía ya casas bien fundadas en las principales poblaciones del Virreinato, era difícil establecer grandes domicilios en otros centros de población menos frecuentados.

A mediados del siglo XVII asoma la fundación de una residencia, que con el tiempo llegó a colegio, en la ciudad bastante conocida de Huancavelica. Las minas que entonces se beneficiaban en los contornos de esta población habían atraído allí bastante número de españoles y el consiguiente séquito de indios trabajadores, que extraían sobre todo el azogue. Desearon muchos establecer una casa de la Compañía para el cultivo espiritual de